

Ilustración

MANUEL GUTIÉRREZ

(Artista plástico nacionalizado argentino contemporáneo)

Madrid. El río Manzanares había quedado atrás con su corriente de hilo finito de aguas mansas. Junto a su padre, Manuel se sentó en el umbral níveo de la puerta de su casa. Arriba las estrellas refulgían desgarrando el lienzo oscuro del cielo. Alzó la vista.

–¿Qué miras Manuel?

–Esa estrella –contestó elevando el índice derecho.

–¿Por qué, hijo?

–Me da nostalgia, padre.

Era apenas un chiquilín. Tiempo después emprendió viaje definitivo a Buenos Aires. El barco había pasado el ecuador. Manuel observaba a la distancia como la pileta se hallaba colmada de bañistas. Cuando se retiraron todos ante la caída de un sol implacable, se quitó la ropa y se zambulló en ella. No sabía nadar. Sentía que se hundía irremediamente por más que luchara. Nadie a su alrededor. Apenas podía balbucear. Pensó fugazmente y tres veces repitió “soy un chico, no me puedo morir”. Nunca supo qué fuerza enigmática lo depositó en el borde. Así condujo su existencia hacia la estrella de la nostalgia. Desde temprano había comprendido que con la fe o su negación, con la metafísica o el racionalismo el hombre está unido a un Absoluto, aunque sea por ignorancia.

No se puede hablar de una obra de arte sin saber del artista. La creación es un proceso demasiado importante en su génesis como para no indagar en la médula inconsciente y oculta del orfebre. Estas consideraciones más que anecdóticas son las nacientes donde se plasman sus aristas creativas, en ese camino que lo aleja del “ser hombre” para conducirlo al “ser espiritual” y que constituye en el arte su carácter de rezo imprescindible. Manuel Gutiérrez me recuerda esas palabras de Charles Baudelaire que podemos juzgar contradictorias analizadas ante la vida del poeta: “la pueril utopía del arte por el arte, al excluir la moral, y a menudo inclusive la pasión, es necesariamente estéril”.

El amplio ventanal transparentaba las sombras primeras del atardecer estival. Manuel acercó su silla a la mía. Sentí una confesión. Su voz se hizo más gutural.

–¿Qué razón alberga una obra de arte?

–Permanecer –contesté con convencimiento pero sorprendido.

–¿Puede perdurar algo sin ética ni pasión?

En ese momento entendí el sentido de su legitimación terrenal. El compromiso con el hombre.

El arte no está exento de la ética al ser un proceso creador, inédito, original, nacido sin especulación. Al



“Viaje estelar”

Óleo sobre cartón, 35 x 35 cm, 1998

no aceptar el fraude lo convierte en un acto moral. Aun así debemos entender que su fin no es esa búsqueda, sino que se forja en ella. Las obras por pertenecer a un instante emocional que llega del pensamiento profundo tienen una correlación absoluta con la creación, lo más elevado del “ser existencial”. De ahí su ética. Este es el paso que conduce desde la estética al “ser espiritual” que reclamaba Kierkegaard en el desarrollo humano.

El hombre participa de un proceso histórico por el solo hecho de contar con una conciencia que le permite una pronunciada memoria. Constituye un hecho biológico que deriva, con la propiedad del recuerdo, en la construcción del pasado y que inevitable proyecta al devenir. Aquí la pregunta kantiana surge evidente: ¿qué es el hombre? Su respuesta se aleja de todo lo que el hombre conoce. Conduce a la nada si utilizamos la *gnosis*, y a la fe si avanzamos hacia lo místico; pero también le queda un camino diferente, exento de creencia positiva o negativa. Es el que llega desde la estética y la ética para ubicarlo en la verdadera dimensión de su estado evolutivo actual. Nacido como “ser animal” (instinto) pudo despegarse de ese origen hasta alcanzar el “ser hombre” (racional), pero este estado le agregó infortunio a la facultad humana. En este punto se enfrenta con la nada o la fe. Elevarse hacia un “ser espiritual” (sentimiento) no lo alejará de su angustia existencial pero sí lo lleva a una consideración hacia

la creación (estética) y su conducta (ética). Y esta es la materia pendiente del “hombre no fijado” de Nietzsche. Límites que representan situaciones que se presentan imposibles o desesperadas. ¿Pero este mundo es percepción sensitiva del hombre? ¿O existe independiente de él? Todo concepto del cosmos y del papel humano se alza de la experiencia, pero esta es circunscripta, apenas intrascendente ante la magnitud de lo que percibe con sus sentidos.

La razón de la posmodernidad que se vive es una consecuencia de instinto, especulación y solidaridad por concupiscencia, pero inevitablemente se halla esta postura referida al límite racional humano ante la comprensión de su destino y la imposibilidad de entenderlo. Ante la infinitud temporal y espacial que enseñaba Nicolás de Cusa cuando se refería a que cada ser contiene el todo en una concentración, el ámbito que le queda ocupar al hombre es la solidaridad por benevolencia, el sendero hacia el otro y la naturaleza, complementaria de la *gnosis* y la fe. Ahí hallará la estética en el acto creativo de la vida y la ética en el prójimo. Y esto no puede estar desprendido de la integridad del hombre. No puede basarse el comportamiento en una vida posterior ni en su negación. El dilema del hombre es que participa de lo finito y de lo infinito; y esto la razón no lo comprende y al espíritu se le vuelve desafío.

¿Qué es el hombre? parece una pregunta inalcanzable, solo entendida desde su propio corazón, desde la ética y la solidaridad. El hombre suele responder con más razón, pero la pregunta llegó a su justo punto infranqueable con el conocimiento. Exige utilizar una llave para penetrar en ella, basada en el espíritu aunque no satisfaga a la materia. El factor humano tiene con él la posibilidad de saciar la angustia y sentir que el destino lo redime.

En el cosmos el hombre es el único ser que puede adjetivar y tratar de explicarlo. De esta posición no puede ser desplazado como lo fue sucesivamente del centro del universo (Copérnico), del centro de la evolución (Darwin), de su conciencia (Freud). En esta autorreflexión ya no puede apartarse de sí mismo. Aquí el yo y la angustia, la razón y el espíritu, se juntan en el mismo ser.

Con San Agustín el hombre se asombra de lo que no puede comprender. Queda un alma solitaria en el período posagustiniano que el Renacimiento intenta resarcir. En Pascal hallamos la insuficiencia del hombre, el conocimiento ahonda el desconocimiento, lo infinito. La valoración del hombre surge de comprender su insuficiencia. Kierkegaard eleva su voz para paliar la soledad del hombre en busca de una fe. La infinitud del mundo que no se alcanza con la razón humana es su grandeza. No ya en su magnitud física, sí en su poder de transformación. Es el golpe más terrible asestado a la capacidad humana y a su soberbia. Es imposible poseer al cosmos. Solo queda abrazarlo con la espiritualidad. No es imaginable a pesar del conocimiento adquirido. El espacio-tiempo cosmológico desmorona todo tiempo humano. Spinoza con su ética naturalista salta esa distancia.

El pensamiento también es infinito y hace que el hombre discierna que puede refugiarse en la estética, en



“El circo”

Óleo sobre cartón, 45 x 45 cm, 2005

la ética, en el espíritu, en el otro. Cada hombre recapitula lo que construyó la evolución, al pasar el animal del instinto a la razón. El arte intenta alcanzar a ese otro eslabón, el “ser espiritual”. Comprende la intemperie del raciocinio aislado. Asimila que en el dominio estricto de la razón se halla el mundo que aterra, el infortunio que lo atosiga con la conducta especulativa.

El dilema del hombre es que está sometido a un límite con el conocimiento y a una angustia con el destino. De aquí los caminos de la nada y de la fe, los cuales ocupan el tiempo cosmológico, no su temporalidad. Para este intervalo entre nacimiento y muerte quizás llegar al “ser espiritual” sea el grito que lo valore desde la estética y lo libere de la angustia edificando una ética hacia el prójimo. Este camino debe entenderse como la fidelidad a su logro más refinado, el arte. El hombre inició su elevación con él dejando una impronta trascendente. Ahora deberá depositar en el otro la moral de ahondar en el propio infinito de su pensamiento. Así podrá trepar desde el “ser racional”, como lo hizo este del “instintivo”, salvándose de la decadencia de creer solo en la técnica, la economía y la política. Más allá de la nada y del misterio, el “hombre superior” al que aludía Nietzsche se logrará a través de elevarse por encima del “existente” hacia uno “espiritual”, no en un sentido metafísico, sino ético. Como escribió Manuel Gutiérrez en su adolescencia: “deseo que haya una sola bandera en el mundo para que nadie se sienta diferente”. Con el arte él descubre su soledad. Creo que ya no pregunta por el ente de la existencia, sino por su propio ser. Se llena de luz en una posmodernidad en tinieblas.

Jorge C. Trainini